**AVANCEMOS EN NUESTRO SACERDOCIO CON LEVÍTICO**

Levítico 6:12-13

INTRODUCCIÓN:

 Qué pensaríamos de un hombre que sale de una reunión de la iglesia y después de saludarlo le decimos:

Veo que usted viene siempre a esta iglesia ¿tiene allí algún cargo?

 Y nos responde: Si, soy sacerdote.

Como vemos que no usa sotana, ni tiene el cuello clerical y además está casado, porque lo acompañan sus dos hijos. Nos quedamos callados y sorprendidos porque no parece una sacerdote.

Entonces él añade:

 Mi esposa también es sacerdotisa y también mis dos hijos.

 Nuestro asombro se acrecienta. “¡Qué secta tan rara!” pensamos, “un sacerdote casado, con hijos y más raro aún que todos sean sacerdotes” Pero el hombre continúa y nos dice:

 “Además, tenemos un Sumo Sacerdote que siempre está con nosotros, ora por nosotros y nos guía en todo”

 ¿Cómo es eso? – Preguntamos.

 Si, es verdad, está todos los días en nuestra casa, y cuando voy al trabajo me acompaña.

 En este punto no cabemos en nuestro asombro. ¡Esto sí que es raro! Tiene un sacerdote principal que no solo está en la iglesia, sino que se mete en su casa y en su trabajo todos los días.

 ¿A quién nos estamos refiriendo? A nosotros mismos y a todos los creyentes en Cristo Jesús, que lo recibieron como su Salvador, Dios nos hizo a todos sacerdotes. En 1 Pedro 2:5 dice “vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y **sacerdocio** santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.” Y más adelante añadió: “Mas vosotros sois linaje escogido, real **sacerdocio**, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;”

 ¿Y quién es el Sumo Sacerdote o el Sacerdote Principal? No es el pastor de la iglesia. Es Jesucristo mismo. En Hebreos 4:14 dice “Por tanto, teniendo un gran **sumo sacerdote** que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión.” Porque tenemos un sumo sacerdote que es Jesús el Hijo de Dios “retengamos nuestra profesión” ¿Qué profesión? La profesión de sacerdotes. “porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (15)

Jesucristo como nuestro sumo sacerdote siempre está orando por nosotros. En Romanos 8:34 Pablo escribió: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también **intercede** por nosotros.” Es decir, aunque pensamos que nadie se acuerda ni ora por nosotros, estamos seguros que sí, que Jesucristo lo hace porque “también intercede por nosotros”

 Alguien definió así a un sacerdote: “Un sacerdote es aquella persona que acorta distancias entre el cielo y la tierra” y Martín Lutero dijo: "Todos los cristianos son sacerdotes, y todas las mujeres sacerdotisas, jóvenes o viejos, señores o siervos, mujeres o doncellas, letrados o laicos, sin diferencia alguna". Y Carlos Spurgeon escribió: “Pudiera ser que nunca suba a un púlpito, ni que presida en alguna reunión de la iglesia, pero puede ser un sacerdote para Dios. Su único púlpito pudiera ser el taller de zapatero; su única plataforma para dar testimonio de Cristo pudiera ser tras el mostrador, o en la fábrica, pero, a pesar de ello, es un sacerdote.”

 El libro de Levítico fue escrito para los sacerdotes y levitas cuando estaban con Moisés en el desierto, indicándoles cómo debían ejercer el sacerdocio y, sobre todo, cómo mantenerse en santidad, cómo santificar al pueblo y sus ofrendas, como guardar el sábado, cómo celebrar las fiestas, etc. Aunque al leer este libro nos puede parecer difícil por todas las regulaciones que contiene debemos saber que todo esto es una sombra, del verdadero sacerdocio en Cristo, como dice Pablo en Colosenses 2:16-17 “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, **todo lo cual es sombra** de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo”

 Hay tres recomendaciones en el libro de Levítico que podemos aplicar a nuestra vida sacerdotal como cristianos:

**I COMO SACERDOTES DEBEMOS OFRENDAR SIN LEVADURA**

Levítico 2:11 “Ninguna ofrenda que ofreciereis a Jehová será con levadura; porque de ninguna cosa leuda, ni de ninguna miel, se ha de quemar ofrenda para Jehová.”

 Dios fue muy claro con Israel: Nada de lo que ofrezcamos al Señor debe tener levadura, por eso dijo “ninguna ofrenda…será con levadura”, porque la levadura representaba en este caso a la corrupción. La levadura es un hongo esférico unicelular microscópico, es decir, la levadura es un organismo vivo, y a medida que se multiplica y crece acelera el proceso de descomposición. Por eso, en el transcurso de los días se forman burbujas y la masa despide un olor avinagrado.

Aunque hoy día no ofrendamos a Dios panes sin levadura, este mandamiento nos deja una enseñanza espiritual y es que cualquier cosa que hagamos para Dios, sea que le ofrezcamos nuestro tiempo, nuestro dinero, nuestros dones y nuestro servicio, debemos ofrecerlo sin “levadura”. Es decir, sin nada que nos infle, nos agrande, nos corrompa o nos contamine.

Este concepto lo rescata el apóstol Pablo cuando habla de “celebrar la fiesta” refiriéndose a la celebración de la Cena del Señor “No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de **levadura** leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja **levadura**, para que seáis nueva masa, sin **levadura** como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja **levadura**, ni con la **levadura** de malicia y de maldad, sino con panes sin **levadura**, de sinceridad y de verdad.” (1 Corintios 5:6-8)

Podemos notar que el apóstol Pablo se refiere a la “vieja levadura”, es decir, algo que guardamos hace mucho tiempo, sea un resentimiento, o algo que no hemos confesado o no hemos renunciado. Pasan los años y todavía recordamos cosas que nos hicieron y no hemos perdonado.

Además menciona “la levadura de malicia” La malicia es hacer o decir algo ocultando la verdadera intención. Cuando uno dice una cosa, pero en el fondo piensa lo contrario. La malicia es una forma de hipocresía, por eso Jesús dijo “guardaos de la levadura de los fariseos”.

Y añada “la levadura de maldad” o de perversidad. Perverso es aquel que disfruta haciendo el mal.

Todo lo que hagamos para el Señor como sacerdotes, o mejor, como “real sacerdocio” debe ser con sinceridad y verdad, con total honestidad, pureza e integridad. Y la forma de quitar la levadura de nuestro corazón es por medio de la confesión, porque “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y **limpiarnos de toda maldad**” (1 Juan 1:9) Es decir, limpiarnos de toda levadura de maldad.

**II COMO SACERDOTES DEBEMOS OFRENDAR CON LA SAL DEL PACTO**

Levítico 2:13 “Y sazonarás con sal toda ofrenda que presentes, y no harás que falte jamás de tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios; en toda ofrenda tuya ofrecerás sal.”

 La sal ha tenido muchos simbolismos a través de la historia y ha sido objeto de mitos y supersticiones. Incluso hoy día muchos creen que la sal tiene poderes mágicos para traer buena suerte o mala suerte. Así, por ejemplo:

1. Algunos creen que al mudarse a una nueva casa o al inaugurar un negocio deben entrar con un salero o una bolsita de sal para “limpiar” todo lo negativo que puede haber allí.
2. En algunas culturas, como en la India, se cree que la sal debe estar en la ceremonia de las bodas, la cual se mezcla con agua y se rocía sobre los novios para que la unión sea duradera.
3. Otros emplean la sal como purificante para limpiar el aura de una persona. El aura es la irradiación que emana de una persona. Lo hacen para limpiar a la persona de pensamientos negativos.
4. También se usa la sal para alejar a los demonios o malos espíritus. Por ejemplo, cuando quieren proteger a una persona forman alrededor de ella círculos de sal.
5. Entre la gente del campo se cree en el “mal de ojo”, es decir, si alguien mira con envidia o con odio a una persona puede causarle daño físico o espiritual. Para prevenir el daño duermen con un vaso de agua con sal durante la noche.
6. Además, hay algunos que creen que derramar sal es un mal augurio, o que trae mala suerte. Por eso arrojan un puñado de sal con la mano derecha tras sus espaldas para anularlo

Como somos creyentes en Cristo y sostenemos que Cristo ha vencido a todos estos daños en la cruz. Como creyentes, no creemos ni practicamos ninguna de estas cosas. Como creyentes hemos renunciado a estos mitos que pertenecen al paganismo. Nos guiamos solamente por la verdad de Dios que está en la Biblia, por sus enseñanzas explícitas y también por sus analogías, por el sentido espiritual o también alegórico que tienen muchas de sus figuras.

Antiguamente cuando alguien quería asegurar una promesa, hacía un pacto de sal. En 2 Crónicas 13:5 el rey Abías en su discurso dijo "¿No sabéis que Jehová Dios de Israel dio el reinado sobre Israel a David para siempre, a él y a sus hijos, **por medio de un pacto de sal**?" Incluso hoy entre los árabes existe un pacto de sal entre las personas para sellar una amistad y protegerse el uno al otro. Entre los orientales un pacto de sal es un compromiso que no puede ser olvidado o menospreciado, es un compromiso inviolable.

Todos nosotros, como sacerdotes al servicio del Sumo Sacerdote que es Cristo, todo lo que ofrendemos, sea nuestra propia vida cuando nos consagramos a él, sea nuestro servicio en su obra, sea cualquier cosa que le demos, todo debe ser sazonado con sal, porque dice “y sazonarás con sal toda ofrenda que presentes, y no harás que falte jamás de tu ofrenda la sal de pacto de tu Dios” Tal como escribe Pablo a los Colosenses diciendo “Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.” (Colosenses 4:6) Es decir, que hablemos con gracia, pero también con el firme compromiso de cumplir lo que decimos, como si fuera un “pacto de sal”. Si decimos que vamos a estar en una reunión, entonces estemos sin poner ninguna excusa. Eso es tener la palabra sazonada con sal. Y Jesús dijo que esta “sal” debemos tener, no en un salero, sino dentro de nosotros, en Marcos 9:50 “Tened sal en vosotros mismos” La pregunta directa es ¿tienes sal en ti mismo? ¿tienes la resolución de cumplir lo que prometes?

**III COMO SACERDOTES DEBEMOS MANTENER EL FUEGO**

Levítico 6:12-13 “Y el fuego encendido sobre el altar no se apagará, sino que el sacerdote pondrá en él leña cada mañana, y acomodará el holocausto sobre él y quemará sobre él las grosuras de los sacrificios de paz. El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará”

 Los sacerdotes debían mantener encendido el fuego en el altar de día y de noche. A la mañana cuando se levantaban, sacaban las cenizas y sobre las brasas ponían leña para mantener la llama, y a la tarde hacían lo mismo para que arda toda la noche. Porque en el fuego se ofrecía la ofrenda del holocausto, y el fuego servía también para purificar cualquier cosa de metal que ha sido contaminada.

En sentido figurado, mantener encendido el fuego es un llamado para que cada creyente en Cristo mantenga encendido el fuego de la presencia de Dios en su vida día y noche. Porque el fuego representaba a Dios mismo. En Deuteronomio 4:24 dice “porque Jehová tu Dios es fuego consumidor”. Las apariciones de Dios fueron por medio del fuego. Dios habló a Moisés desde el fuego de la zarza, y al pueblo desde el fuego del monte Sinaí. Y en una visión que tuvo Daniel vio que el trono de Dios es un trono de fuego. “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; **su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente**. **Un río de fuego procedía y salía de delante de él**; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos. (Daniel 7:9-10) De manera tal que cuando uno tiene un encuentro con Dios “el río de fuego” baja a nuestros corazones

 Juan el Bautista dijo que Jesús nos bautizaría con el Espíritu Santo y con fuego (Mateo 3:11) y Salmos 104:4 dice que Dios “hace a las flamas de fuego sus ministros”, y el profeta Jeremías sintió su llamado para predicar como un sentimiento lleno de fuego y dijo: “no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude.” (Jeremías 20:9) y también repitió al pueblo la pregunta de Dios “¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?” (Jeremías 23:29) Sí, la palabra de Dios es como fuego, y para mantener encendido el fuego de la palabra de Dios debemos leer la Biblia todos los días. Nunca se debe apagar el fuego de la palabra de Dios. El día que dejes de leer el Biblia el fuego se apagará, y si el fuego se apaga vendrá la oscuridad y los temores de la noche, vendrá el frío del alma y la escarcha de la duda y la incredulidad se acumulará. Recuerda que eres parte del “sacerdocio santo” y como sacerdote debes mantener encendido el fuego de la presencia de Dios.

 Si tu ánimo está decaído, si ya no tienes ganas de hablar del Señor, ni de leer la Biblia, ni de asistir a las reuniones de la iglesia, ni de servir en un ministerio, recuerda el consejo que Pablo le dijo a Timoteo “Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti ...” (2 Timoteo 1:6) ¡Aviva el fuego de tu don! Aviva ese fuego confesando tu pecado, aviva ese fuego renunciando a las obras de la carne, aviva ese fuego invirtiendo tiempo de oración cada madrugada, aviva ese fuego abriendo tu Biblia y pidiendo que Dios te hable; aviva ese fuego volviendo a tu primer amor al Señor. Tu altar debe tener encendido siempre el fuego de la presencia de Dios y solamente puedes hacerlo si te postras ante Cristo, nuestro Sumo Sacerdote y le dices “Señor, perdóname, renuévame, cámbiame porque yo no puedo, no sé cómo hacerlo, no sé por dónde comenzar. Señor, lléname de tu Espíritu Santo y enciende tu fuego en mi corazón para poder servirte como mereces.”

CONCLUSIÓN:

 Sabemos que somos hijos de Dios porque la Palabra de Dios nos asegura que lo somos. En 1 Juan 3:2 dice “Amados, ahora somos hijos de Dios”. Sabemos también que somos un cuerpo en Cristo porque la palabra de Dios lo dice en Romanos 12;5 “así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”. Sabemos también que “somos del Señor” por la palabra de Dios (Romanos 14:8) Somos también somos embajadores en nombre de Cristo, por la palabra de Dios (2 Corintios 5:20) Somos de la verdad, porque lo afirma la palabra de Dios (1 Juan 3:19) y somos mucho más, pero también somos sacerdotes tal como hemos visto. ¿Y quién nos constituyó, quién nos nombró sacerdotes? La misma palabra de Dios, la palabra de Dios lo afirma en 1 Pedro 2:9. “Mas vosotros sois linaje escogido, **real sacerdocio**, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;”

 Por eso, como sacerdotes y sacerdotisas trataremos de presentarnos ante Dios para ofrecernos sin levadura, sin malicia ni maldad, sin hipocresía y con total sinceridad y verdad. Podemos decirle al Señor “examíname y pruébame, prueba mi corazón”, y si hubiere algo, le decimos: santifícame, purifícame, transfórmame, hazme de nuevo. También como sacerdotes ofrecemos nuestras ofrendas, nuestro servicio y todo lo que somos con sal, para que todo lo que digamos sea sazonado con sal, la sal del pacto, la sal del compromiso, la sal de la lealtad. Y por último, como sacerdotes trataremos de mantener el fuego de nuestro altar con fuego con la oración intercediendo por nuestra familia, por la iglesia y nuestra comunidad y país, y alimentando la llama con lectura de la Biblia, para el fuego nunca se apague.